

La representación de la intemperancia minera en la literatura asturiana de la Restauración

Luis Benito García Álvarez

1. La condena a los espacios tabernarios.

En la lucha por la hegemonía, las clases dirigentes elaboraron un discurso antialcohólico en el que la condena a los espacios de consumo ocupó un lugar central. Más aún, cuando la taberna se había convertido en muchos casos en local de las primeras organizaciones obreras y cuando en ella se habían refugiado numerosas manifestaciones de una cultura popular a la que se aspiraba controlar.

Aunque interclasista, la taberna antigua también había sido causa de preocupaciones para las clases dirigentes. Como señala E. P. Thompson: «La Iglesia y la autoridad miraban las tabernas, las ferias y cualquier congregación de gente, como una molestia: una fuente de ociosidad, pendencias y contagio»¹. Paradójicamente, con el desarrollo de las tabernas populares contemporáneas se produjeron quejas por la desaparición de las viejas tabernas, de apariencia doméstica y hospitalaria.

En el mundo rural inglés, las antiguas posadas eran centros de reunión y discusión, en ellas se reactivaron muchos movimientos sociales, aunque los taberneros no estuvieran siempre de acuerdo, ya que dependían de la nobleza para que les otorgase sus licencias de trabajo. La posada era el único lugar donde se podían reunir las organizaciones seculares, lo que inevitablemente la convirtió en un centro de actividad política.² En todo caso, eran frecuentadas, también, por la próspera clase media rural y en todos los lugares habían sido espacios interclasistas.

¹ E. P. THOMPSON, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989, 2 vols., pp. 48-50.

² E. J. HOBSBAWM y G. RUDÉ, *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

En el siglo XIX las élites sociales agudizaron su sentimiento de distancia hacia las clases populares, y dejaron de frecuentar las tabernas, no soliendo visitar ningún caballero inglés estos lugares desde mediados de la centuria³; y a principios de la década de 1840 las tabernas rurales, donde toda la población bebía unida, no eran más que un recuerdo. Así pues, será con el despegue de la Revolución Industrial cuando la taberna adquiera una impronta fundamentalmente obrera y se convierta en un centro clave de su vida asociativa.

La taberna pasó a ocupar varias funciones cruciales en la sociabilidad urbana, allí se vendían diferentes clases de alcohol y era, fundamentalmente, un espacio de libertad no interferido, pese a los intentos de coacción por parte de las clases dirigentes⁴. Eran lugares que suplían la miseria del hogar obrero, y que empujaban al proletario a la vida pública. Así, la sociabilidad se vuelca en el escenario de la calle y hacia los espacios y locales públicos⁵. Como espacio esencialmente masculino, la taberna ofrecía a los varones diferentes placeres y recreos más allá de sus esposas y sus trabajos; era punto de encuentro, de diversión y relajación y de intensa relación social, donde se alentaba a los hombres a consumir, preferiblemente en grupos, lo que reforzaba sus solidaridades. Las tabernas, como espacio público, actuaban como un foro de la política local, y el acto del consumo social de bebidas había adoptado muchos de los aspectos de la cultura popular.

Las clases bajas utilizaron esta dimensión pública de la bebida para expresar sus valores y creencias y para estructurar sus relaciones. Particularmente, el comportamiento en la taberna se codificaba a partir de una genérica y penetrante necesidad de sociabilidad, tanto como desde una forma de solidaridad que conformaba grupos y lealtades, como un imperativo ético que inspiraba ciertas formas de conducta⁶. De este modo, la taberna se convierte en un lugar exclusivo de reunión donde se

³ Véase B. HARRISON, *Drink and the Victorians. The Temperance Question in England 1815-1872*, London, Faber and Faber, 1971; y R. W. MALCOLMSON, *Popular recreations in English society 1700-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973.

⁴ T. BRENNAN, *Public Drinking and Popular Control in Eighteenth-Century Paris*, Princeton, Princeton University Press, 1988.

⁵ J. SIERRA, «*Rough Characters*. Mineros, alcohol y violencia en el Linares de finales del siglo XIX», en *Historia Social*, nº 19 de 1994.

⁶ T. BRENNAN, *Public Drinking...*, *opus cit.*

perpetúan las normas culturales y donde se aseguraba la transmisión oral de información acerca de los problemas cotidianos.⁷

Las tabernas han sido identificadas en numerosos estudios como centros de actividad protopolítica, como escuelas para el autoconocimiento político y para la cooperación; pero también servían para conformar una solidaridad más general, una identidad comunitaria o de clase. Así pues, la sociabilidad tabernaria no debe ser tomada en cuenta para sólo referirse exclusivamente a la amistad o a las relaciones interpersonales más o menos armónicas; debe también reseñarse la importancia del conflicto en las relaciones sociales; y una de las razones para que la taberna ocupase un lugar central en la cultura popular era su conveniencia como lugar para la contestación pública. Sumergida en las transformaciones que estaba sufriendo la sociedad de la época, la taberna será, pues, la imagen fuerte del tiempo libre popular, cumpliendo dentro de este marco importantes y variadas funciones.⁸

No es de extrañar, por tanto, la prevención de las capas burguesas ante su existencia, que se ocultaba tras condenas altruistas, pero que significaba una honda preocupación por la racionalidad y productividad en el trabajo, como se verá más adelante. Miedo justificado por la conocida relación de la taberna con una cultura y un universo asociativo de la clase obrera que difícilmente podía ser interferida en estos lugares. Así, la taberna, además de ser un lugar para consumir bebidas o para el juego – otro de los vicios que a juicio de la burguesía causaba la ruina de la familia proletaria – también era un lugar para el mitin y el acto político, para el desarrollo de discusiones colectivas, que también podían tener un trasfondo político, o para la presencia de tertulias ácratas o socialistas.⁹

Pese a la persecución a que fue sometida, la taberna continuará siendo un lugar ineludible en la vida cotidiana del proletariado. Las organizaciones obreras no tuvieron más remedio que reconocerlo y recurría a ella para sus actividades. Como señala J. Uría,

⁷ D. FOURNIER, «Del mosto al cubalibre, la evolución de la “cultura de bar” en la Baja Andalucía», en *El Folklore Andaluz. Revista de cultura tradicional*, nº 9 de 1992.

⁸ Al respecto véase, por ejemplo, M. RALLE, «La sociabilidad obrera en la sociedad de la Restauración», en *Estudios de Historia Social*, nº 50-51 de 1989; y J-L. GUEREÑA y A. TIANA (eds.), *Clases populares, cultura y educación. Siglos XIX-XX*, Madrid, Coloquio Hispano-Francés, 1989.

⁹ A. DEL ROSAL, «La taberna como centro de discusión política en Asturias (1914-1920)», en *Los Cuadernos del Norte*, nº 14 de 1982.

taberna y vida cotidiana formaron una amalgama poco distinguible¹⁰. Ante las acometidas de las élites para transformar el ocio popular tradicional, la taberna se convirtió en el reducto principal de la cultura plebeya.¹¹

Con todo, pese a ser un espacio difícilmente controlable, la taberna no se verá libre, como se ha apuntado, de los envites de los poderes públicos y de los de las clases hegemónicas para controlar un lugar de sociabilidad tan eminentemente popular en el que se daban prácticas sumamente molestas para el orden establecido. La lucha contra la taberna y el alcoholismo puede ser puesta en relación con los intentos de control social y de destrucción de la cultura popular tradicional y de sus formas de recreo que, por otra parte, ya se estaban modificando desde el siglo XVIII por la emergencia de las nuevas industrias del ocio. De este modo, el ocio tradicional tendrá que enfrentarse a estas nuevas formas de esparcimiento y a una vigorosa campaña en su contra, recayendo el crecimiento de la hostilidad en aquellas formas culturales que afectaban a la disciplina de trabajo. En el intento de las clase dirigentes por controlar el recreo público, las tabernas ocuparon un lugar primordial.¹²

El fin perseguido era imponer un ocio *racional*, que no tuviese como consecuencia el absentismo o la falta de disciplina, y el modo más directo y tradicional para lograrlo era recurrir a la imposición estatal. Para ello, entre los años veinte y setenta del siglo XIX, se crearon unas nuevas fuerzas de policía cuyo objetivo, entre otros, era intentar poner orden en las manifestaciones de ocio popular que debían ser eliminadas.¹³

En virtud de este modo de ver las cosas, una de los pretextos más dañinos para distraer al pueblo del trabajo eran las tabernas, que debían ser estrictamente reguladas y evitadas para no fomentar la ociosidad. Las tabernas se han convertido en un símbolo de

¹⁰ J. URÍA, «Ocio, espacios de sociabilidad y estrategias de control social: la taberna en Asturias en el primer tercio del siglo XX» en M. REDERO (coord.), *Sindicalismo y movimientos sociales (siglos XIX-XX)*, Madrid, UGT-Centro de Estudios Históricos, 1994.

¹¹ J. URÍA, «La cultura popular en la Restauración. El declive del mundo tradicional y desarrollo de una sociedad de masas», en M. SUÁREZ CORTINA (ed.), *La cultura popular en la Restauración*, Santander, Universidad Menéndez Pelayo, 1999.

¹² Sobre el concepto de control social puede verse G. S. JONES, «¿Expresión de clase o control social? Crítica a las últimas tendencias de la Historia Social del Ocio», en *Lenguajes de clase. Estudios sobre la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1989; y P. OLIVER OLMO, «El concepto de control social en la Historia Social: estructuración del orden y respuestas al desorden», en *Historia Social*, nº 51 de 2005. sobre el socavamiento de las formas de recreo popular R. W. MALCOLMSON, *Popular recreations...*, *opus cit.*

¹³ J. URÍA, «Ocio, espacios de sociabilidad...», *opus cit.*

miseria y libertinaje y, hasta no hace mucho tiempo, seguían jugando este papel para los historiadores. Los testimonios de las élites sobre el significado cultural del alcohol, sobre la importancia de su consumo público y su comportamiento en la cultura popular, nos dan muestras de la opacidad de su observación.¹⁴

Puesto que la taberna jugaba un papel importante en la vida del proletariado, ocupaba una posición preeminente en las críticas de los estratos hegemónicos, para quienes la tasca era un compendio de indisciplina y conducta manirrota del pueblo. Esta hostilidad nos da una idea de la autonomía relativa de las clases populares en algunos reductos de su conducta social y de la eficacia de sus estrategias de resistencia. Queda claro, pues, que tras la crítica moralista a la taberna se escondían otro género de preocupaciones, que superaban ampliamente la inquietud por el consumo de alcohol. Lo que verdaderamente causaba pavor a los higienistas y reformadores sociales era que la taberna era demasiado polifacética y constituía un lugar clave para las manifestaciones de sociabilidad popular, en las que tenía lugar tanto el juego como la política o la socialización del consumo de alcohol, además del crimen organizado. Los escritores de la época veían en la taberna un lugar de reunión y delincuencia, y la criminalidad era su rasgo distintivo.¹⁵

Los defensores de la abstinencia establecieron además una relación directa entre el alcoholismo, la taberna y el socialismo, lo que constituyó un argumento muy manido para desacreditar la lucha obrera y marginarla, presentándola como obra de enfermos mentales y borrachos. Obviamente, tal actuación llevaba aparejada un trasfondo de terror hacia la huelga y la revolución; la conducta obrera es criminalizada y la taberna es el espacio donde se propaga el socialismo y se organizan los tumultos, motines y huelgas. Sin embargo, se ha demostrado que la trasgresión en estos locales de consumo no es algo habitual y que, a pesar de la violencia que podían alcanzar las discusiones, rara vez se producían agresiones, que, por otra parte, se trasladaban a la calle.¹⁶

¹⁴ T. BRENNAN, *Public Drinking...*, *opus cit.* El autor pone de manifiesto que el conocimiento de la cultura popular está dominado por los intermediarios que producen los documentos sobre las actitudes y conductas populares y propone la búsqueda de otros caminos para la investigación que nos de una visión real sobre la función social de la taberna.

¹⁵ R. CAMPOS MARÍN, *Alcoholismo, medicina y sociedad en España (1876-1923)*, Madrid, CSIC, 1997

¹⁶ Sobre la condena a la taberna véase, por ejemplo, J. SIERRA, «¿El minero borracho?...», *opus cit.*

En la lucha contra la taberna, una de las disciplinas de control social que contó con un mayor desarrollo fue lo que suele denominarse como *paternalismo*, un conjunto de estrategias burguesas de amplio recurso en el siglo XIX, y cuyo objetivo era modificar la conducta obrera desde los presupuestos de un férreo control basado en la tutela “paternal” del patrón sobre unos obreros a quienes se suponía ingenuos desde el punto de vista social y educacional, justificándose en consecuencia la acción tutelar que favoreciese su maduración en un sentido socialmente conveniente. Con ello se trataba, en todo caso, de fijar a la población en las nuevas condiciones de trabajo. Los patronos de la primera industrialización hubieron de hacer frente a una difícil situación, la de los hábitos de trabajo heredados en la época preindustrial, siendo la cultura popular asimilada por los patronos como ignorancia, indolencia y haraganería. El absentismo, la celebración de “San Lunes”, las formas embrionarias de sabotaje y, sobre todo, la distribución irregular e irracional del tiempo de trabajo significaban un constante quebradero de cabeza para los empresarios. En buena medida, además, esos “defectos” eran vividos por los trabajadores como formas de resistencia a las condiciones cambiantes de su medio. Contra todo este conjunto de conductas, las prácticas paternalistas actuaron entre el estímulo y la coacción.

Una de las obsesiones burguesas en este sentido era la de controlar el tiempo de ocio de los obreros, sobre todo los que se desarrollaban en la taberna. Cuestiones como la higiene, el hogar y el ahorro, alejaban al obrero de estas tentaciones.¹⁷

Por su parte, en las organizaciones obreras la lucha contra el alcoholismo tuvo un trasfondo moral y ético. Se pretendía la dignificación del trabajador y se aspiraba a crear un hombre nuevo a través de la educación. De ahí que la crítica a ciertos vicios achacados a las sociedad capitalista ocupase un lugar central en la prensa obrera y en sus actividades sociales. Se intentaba imponer un código moral en el que también estaba contemplado el uso del ocio y del tiempo libre. Con el tiempo el alcohol y la taberna fueron vistos como un narcótico contra la revolución, dejaron de ser un indicador de la desesperación de la clase trabajadora para convertirse en serios enemigos del movimiento obrero y del socialismo, siendo necesario combatirlos dentro del sistema capitalista. El alcohol se consideró como un valioso aliado de la burguesía, un

¹⁷ Sobre la cuestión del paternalismo véase J. SIERRA, *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917)*, Madrid, Siglo XXI, 1990; A. SHUBERT, *Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934*, Barcelona, Crítica, 1984.

instrumento de explotación y alienación que mermaba la capacidad de revelarse y de emanciparse del trabajador. Por ello, a la burguesía le convenía mantener esta situación¹⁸.

Por otra parte, el éxito de la taberna restaba, no cabe duda, eficacia a otros espacios de movilización de carácter político y sindical que, como en el caso de los centros obreros, las Casas del Pueblo o las sociedades instructivo-recreativas populares, se presentaban como una alternativa a la disipación de los lugares tabernarios.

2.La elaboración del discurso antialcohólico.

Así, a lo largo del siglo XIX se elaboró, por tanto, un discurso antialcohólico cuyas principales características fueron la demonización del bebedor como individuo intemperante y enemigo de los valores morales burgueses, presentados como objetivamente positivos. El alcohol fue visto como un síntoma de todas las cualidades negativas del obrero convirtiéndose en un poderoso instrumento para practicar medidas de intervención social y moral. Obviamente, era necesario crear un proletariado sumiso; así, médicos, filántropos, reformadores sociales, criminólogos y también líderes obreros, contribuyeron desde sus respectivos intereses a configurar la nueva imagen social del alcoholismo.

La medicalización del alcoholismo tuvo una fuerte impronta moral, heredando la medicina el papel de las funciones clericales ya que, en vez de insistir sobre los peligros físicos y mentales de la ingesta de bebidas, atiende principalmente a lo pernicioso del vicio, poniendo también el acento en el desenfreno sexual y las enfermedades que éste acarrea. Se busca la domesticación de la clase obrera a través de una intervención estatal disfrazada de *Salud Pública*.

La lucha contra el consumo de alcohol caracteriza la historia social en los países de capitalismo afianzado; en Europa se hizo relevante en *la era del imperio* y en Norteamérica fue patente hasta los años treinta del siglo XX. Fue esa la época en la que

¹⁸ F. DE LUIS MARTÍN, «Las respuestas obreras a la cultura oficial en la España del primer tercio del siglo XX», en VVAA, *Cultura y culturas en la Historia*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1999; y R. CAMPOS MARÍN, *Alcoholismo, medicina..., opus cit.*

proliferaron los movimientos de templanza y las medidas prohibicionistas.¹⁹ En España la lucha antialcohólica, en cambio, apenas llegó a desarrollarse, sin duda debido a la escasa industrialización del país. Las sociedades de templanza, los asilos para bebedores o las legislaciones antialcohólicas no tuvieron el papel que en otros países, y aunque si hubo constantes iniciativas en esa dirección, a menudo ni siquiera rebasaban el plano teórico.²⁰

En la elaboración del discurso antialcohólico, como se ha señalado, médicos, criminólogos, reformadores sociales e higienistas jugaron un papel central, pero la aportación de los literatos afines a las élites dirigentes en la lucha por la hegemonía tampoco puede ser echada en saco roto. El alcohol fue presentado como un síntoma de todas las cualidades negativas del obrero y su condena se convirtió en un poderoso instrumento para poner en práctica medidas de intervención social y moral con la finalidad de crear un obrero sumiso.

En este sentido, la literatura asturiana de la época es prolija a la hora de presentar a la taberna como centro de depravación y vicio y al minero como un ser marginal e intemperante capaz de cometer todo tipo monstruosidades, lo que escondía un entramado ideológico que pretendía el control social y la explotación del obrero.

3.La representación de la intemperancia minera.

El *chigre* –nombre dado en Asturias a la taberna-, tampoco escapó, obviamente a las distintas estrategias de control social. La literatura asturiana del periodo tratado refleja por lo general a la clase obrera como intemperante y las tabernas como lugares de depravación y violencia. De otro lado, la taberna rural es presentada con frecuencia de manera más indulgente, seguramente por su carácter interclasista y polifuncional, como tienda mixta o estanco además de un lugar de consumo de bebidas.

¹⁹ Sobre los movimientos de templanza y el prohibicionismo véase B. HARRISON, *Drink and the...*, *opus cit.*; R. THORNE, «The movement for public house reform 1892-1914», en D. J. ODDY y D. S. MILLER (eds.), *Diet and Health in Modern Britain*, Kent, Croom Helm, 1985; A. ESCOHOTADO, *Historia de las drogas*, Madrid, Alianza, 1998 (7ª), 3 vols.; P. ARIÈS y G. DUBY (dirs.), *Historia de la vida privada 5. De la Primera Guerra Mundial hasta nuestros días*, Madrid, Taurus, 2001; J. MORILLA CRITZ, «Cambios en las preferencias de los consumidores de vino y respuestas de los productores en los dos últimos siglos», en VVAA (eds.), *Viñas, bodegas y mercados. El cambio técnico en la vitivinicultura española 1850-1936*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2001.

²⁰ R. CAMPOS MARÍN, *Alcoholismo, medicina...*, *opus cit.*

En este sentido, en ocasiones se suele contraponer la sidra, bebida más campesina, al vino y al aguardiente, de consumo más obrero y, por consiguiente, más pernicioso; aunque aquellos que intentan imponer una férrea disciplina social condenarán también la ingesta de la bebida regional, sobre todo cuando es consumida en ambientes obreros. Por su parte, el campesinado no se verá libre de estas acusaciones, en especial cuando se dé el fenómeno del obrero mixto. Éste compaginaba su trabajo en la mina con las tareas del campo, y si supuso una fuerza de trabajo barata y abundante en las primeras etapas de la industrialización, se contemplaba posteriormente como un obstáculo para la plena proletarización de la mano de obra, lo que constituyó una realidad muy acusada en las comarcas mineras donde pervivió buena parte del siglo XX, siendo mayoritario al menos hasta la Primera Guerra Mundial.

Su existencia no respondía a las expectativas de las grandes empresas que aspiraban al total disciplinamiento de sus trabajadores, con un elevado absentismo laboral, sobre todo en las épocas en que las faenas agrícolas eran más intensas. Ante esta situación, los empresarios, incapaces de hacer frente a una explotación racional del obrero, se propusieron arrancarlo de su dimensión campesina y convertirlo en un productor obediente y disciplinado. Esto suponía acabar con sus formas de ocio y emprender toda una serie de prácticas paternalistas. Para llevar a cabo esta tarea se contaba con la actuación de ingenieros especialistas en una racionalización productiva y racionalización del trabajo, que se proponía romper los ritmos irregulares de la producción preindustrial. Personajes como F. Gascue, J. Suárez o F. García Arenal, serán los que pongan en marcha iniciativas para arrancar al proletario de su anterior universo campesino a través de prácticas como la construcción de viviendas obreras o casinos para el ejercicio de un ocio más racional. Tras estas actuaciones filantrópicas e higiénicas se escondía todo un entramado ideológico que pretendía el control social y la explotación optimizada del obrero. En este orden de cosas, la taberna pasará a identificarse en el discurso patronal como un centro de rebelión. La embriaguez y la blasfemia serán también a partir de esta época duramente castigadas. En este contexto escribía A. A. Buylla en «El obrero agrícola asturiano» a principios de la pasada centuria: «los vicios del labrador asturiano [...] son el juego y la embriaguez, sobre todo esta última, que exacerbada por los terribles efectos de la sofisticación de los vinos y

licores, excitan sus instintos brutales»²¹. El ocio obrero se había convertido, pues, en un problema patronal.

La novelística burguesa del periodo hará referencia constante a la degradación moral de los mineros, presos de la ignorancia y el vicio, y enmarcados en un espectro semántico negativo cuyo eje es la bestialidad. Además, no se describe, generalmente, el penoso trabajo de las minas ni de las duras condiciones de vida de los obreros, exacerbándose así la acusación de intemperancia.²² Lo que queda totalmente excluido en las representaciones literarias es el describir la taberna como un centro de actividad y discusión política por parte del movimiento obrero. Sin embargo, queda apuntado el que el consumo se dispare durante el fin de semana, dando a entender, aún sin quererlo, que en el resto de la semana se reducía considerablemente.

La decidida condena a la taberna y al consumo de alcohol adquiere una especial significación desde el último tercio del siglo XIX con el despegue de la industrialización y la consiguiente urbanización regional. La multiplicación del número de proletarios exacerba la nueva problemática social. Las organizaciones obreras comenzarán a promover huelgas y sociedades de resistencia, alcanzando sus primeros éxitos reivindicativos, y experimentándose profundas transformaciones sociales entre los inicios del siglo XX y la Segunda República.²³ Una de estas transformaciones será el nuevo uso social del alcohol y la fuerte impronta obrera que adquirirá la taberna, para desesperación de los sectores burgueses. De este fenómeno, así como de la rentabilidad que adquiere este negocio, dan cuenta A. Palacio Valdés y L. Alas «Clarín»:

Poco a poco, aquellos mineros enseñaron su oficio a los zagales [...] a la vez que con el oficio los mineros enseñaron a los zagales sus vicios. Aquellos mozos antes tan parcos y sumisos se toparon en pocos meses díscolos, derrochadores y blasfemos.[...] se proveyeron casi todos de bufanda, reloj, y, lo que es peor, de navaja y revólver. Con

²¹ A. A. BUYLLA, *La protección del obrero: acción social y acción política*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1910, pág. 85. Sobre el obrero mixto y los intentos de sometimiento por parte de la patronal véase D. RUIZ, *El movimiento obrero en Asturias*, Oviedo, Amigos de Asturias, 1968; A. SHUBERT, *Hacia la revolución...*, opus cit.; y J. SIERRA, *El obrero soñado...*, opus cit.

²² B. DELMIRO COTO, *Literatura y mina en la España de los siglos XIX y XX*, Gijón, Trea, 2003, pp. 104-125. Esta bestialidad se hará extensible a las acciones del movimiento obrero organizado, así lo manifiesta A. Palacio Valdés: «la huelga es la música nueva que se han inventado los holgazanes que quieren ganar mucho y trabajar poco. Son los viciosos, los gandules quienes arman esas bullas», en *Santa Rogelia*, Madrid, 1926, pág. 17.

²³ F. ERICE, «La Asturias del siglo XX», en *Enciclopedia Temática de Asturias II. Historia*, Gijón, Silverio Cañada, 1990.

esta indumentaria se creyeron en el caso de visitar las tabernas como sus maestros, alborotar en ellas y sacar de vez en cuando la navaja a relucir.[...]

Sólo un vecino de la parroquia de Entralgo tocó las dulzuras de la invasión minera[...] El consumo de su taberna había crecido de modo tan prodigioso[...]

Día y noche la taberna de Entralgo resonaba con cánticos desacordados, disputas y blasfemias, y día y noche penetraba en el cajón del mugriento mostrador una cascada de monedas de cobre y plata.²⁴

....

La taberna prosperaba. Los mineros la encontraban al salir a la claridad, y allí, sin dar otro paso, apagaban la sed y el hambre, y la pasión del juego[...] En cualquier otra industria que emprendiese, con sus pocos recursos, no podría ganar la décima parte de los que iba ganando allí. Los mineros salían de la oscuridad con el bolsillo repleto, la sed y el hambre excitadas; pagaban bien, derrochaban y comían y bebían veneno barato [...] En la taberna de Paula todo era falsificado.²⁵

Ignorancia, indolencia y haraganería, absentismo y libaciones en honor a “San Lunes”, mermas, formas embrionarias de sabotaje y, sobre todo, distribución irregular e irracional del tiempo de trabajo, eran la clase de problemas que amenazaban con poner en peligro la necesaria regularidad del trabajo industrial bajo condiciones capitalistas. Por otra parte, como se ha apuntado, y ello era lo más grave, estas actitudes eran vividas por los trabajadores como formas de resistencia a las nuevas condiciones laborales.²⁶

En cualquier caso, la estricta vigilancia a que era sometida la taberna más que de sus implicaciones con el alcoholismo parecen derivarse de su carácter de centro de reunión y sociabilidad que, en gran medida, escapaban al control de las autoridades al ser un espacio, como se ha señalado, difícilmente interferible. Hay que tener en cuenta que, aunque a la vez que avanza el siglo XX van surgiendo nuevos espectáculos de carácter cada vez más masivo, su acceso estaría todavía socialmente restringido en su

²⁴ A. PALACIO VALDÉS, *La aldea perdida*, Madrid, Espasa-Calpe, 1986 (10ª), pp. 198-199.

²⁵ L. ALAS, «CLARÍN», *La Regenta*, Madrid, Alianza, 1993, pág. 319 y 321.

²⁶ J. SIERRA, *El obrero soñado...*, *opus cit*, pp. 11-12.

inicios; la conquista del ocio por parte de la clase trabajadora fue una empresa larga y costosa.²⁷

Sea como fuere, el éxito de los *chigres* respondía a unas demandas y necesidades objetivas de suficiente entidad como para superar todas las acciones hostiles emprendidas contra ellos. Eran espacios indispensables para una sociabilidad obrera sin demasiada variedad en sus escenarios, y antes que centros de perversión y de iniciación a las prácticas alcohólicas, ofrecían posibilidades culturales y recreativas, sirviendo en ocasiones de teatros de variedades.²⁸

La intemperancia atribuida a la clase obrera y al aumento del consumo alcohólico los fines de semana, a la vez que las duras condiciones laborales que contextualizaban estos fenómenos son retratados por A. Ortega:

Los habitantes de Condamín eran como su río: sucios, enjutos, helados. Al atardecer se llenaban las carreteras de bicicletas. Bajaban los obreros de las minas, negros, sudorosos... Daba risa verles los ojos y los dientes tan blancos.

[...] Durante toda la semana se trabajaba intensamente en las minas. Desde las seis de la tarde del sábado hasta las doce de la noche del domingo, los habitantes de Condamín concentraban sus actividades en una sola que les absorbía por completo: la ingestión de sidra. Se mataban a tiros y puñaladas. Gritaban por las carreteras embarradas, canciones lentas, melancólicas [...].²⁹

El aumento del consumo alcohólico los fines de semana guarda relación con la conquista popular del ocio. Junto a la demanda de la jornada de ocho horas, el descanso semanal remunerado fue una de las reivindicaciones centrales del movimiento obrero, de ahí que la patronal quisiera vincularlo a la intención de entregarse a las más bajas pasiones. En 1904 se aprueba el descanso dominical intentándose, con especial dureza, su aplicación a las tabernas. La respuesta de los taberneros fue la rápida formación de gremios de expendedores de bebidas al por menor para la defensa de sus intereses. Los taberneros aprendieron a burlar la legislación matriculando sus establecimientos como figones o cafés económicos, ya que los cafés quedaban exentos de la aplicación de la

²⁷ J. URÍA, *Una historia social del ocio. Asturias 1898-1914*, Madrid, Publicaciones Unión, 1996, pp. 148 y 157.

²⁸ *Ibidem*, pág. 144; y A. SHUBERT, *Hacia la revolución...*, opus cit., pág. 95.

²⁹ A. ORTEGA, «Yemas de coco», en *Yemas de coco y otros cuentos*, La Habana, Universidad Central de las Villas, 1959, pp. 12-13.

ley. Además, se iría autorizando en domingo la venta “al copeo”, no pudiendo vender de una botella en adelante³⁰. En similares términos, aunque con mayor indulgencia, se expresa A. Camín cuando describe estas pautas de consumo:

*[...] esperando a sus hombres, que venían de los caleros y cantera del contorno, con la chaqueta al hombro.[...] Inclínados de cansancio. Menos los sábados, que solía curvarlos la sidra.*³¹

Por otra parte, el consumo fue rápidamente asociado a la delincuencia y su incremento en la región. En cuanto el alcoholismo comenzó a ser un problema de la sociedad industrial, la taberna comenzó a ser descalificada por sectores que iban desde el movimiento anarquista hasta los grupos más conservadores y el estamento clerical, desarrollándose un discurso tremendamente medicalizado. En 1900 aparece el libro *La criminalidad en Asturias*, de M. Gimeno de Azcárate, en el que se establecía una relación directa entre alcohol, taberna y crimen, proveyendo sus datos “objetivos” un buen pasto para la propaganda antialcohólica³². Por su parte, en 1885 la Comisión de Reformas sociales escribía: «de los pocos vicios que dominan al trabajador asturiano, el principal es el de la bebida. La sidra, la cerveza, el vino y los detestables licores compuestos sobre la base de alcoholes industriales, que tantas víctimas causan se consumen en enorme proporción»³³. Sobre la taberna como espacio violento se cuenta con numerosos y reveladores testimonios en la literatura regional, que van desde la agresividad generada por el consumo inmoderado de alcohol y el despilfarro, hasta la que causa la intrínseca maldad de los mineros y sus desordenados apetitos sexuales, como se puede observar en los siguientes ejemplos como los que siguen:

[...]en la taberna abría créditos exorbitantes a los taberneros, sus consumidores. Esto originó reyertas trágicas; hubo sillas por el aire, cuchillos[...]; la ganancia era segura y muy superior a la que pudieran pensar los que no la veían a ella explotar los brutales apetitos, ciegos y nada escogidos de aquella turba de las minas; pero su oficio tenía los peligros del domador de fieras; todos los días, todas las noches había en la

³⁰ A .SOTO CARMONA, *El trabajo industrial en la España Contemporánea (1874-1936)*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 582-625; J. URÍA, *Una historia social...*, opus cit., pp. 137-138.

³¹ A. CAMÍN, *La Carmona*, Madrid, Renacimiento, 1926, pág. 13.

³² J. URÍA, «La taberna. Un espacio multifuncional de sociabilidad popular en la Restauración española», en *Hispania*, vol. LCIII/2, nº 214 de 2003, pág. 602.

³³ Citado en J. SIERRA, *El obrero soñado...*, opus cit., pág. 244, n. 99.

taberna pendencias, brillaban las navajas, volaban por el aire los bancos.[...], muchos borrachos se arrojaban sobre ella como una presa; pero Paula los recibía a puñadas, a patadas, a palos[...] Estos ataques de lujuria animal solían ser a altas horas de la noche [...] Más de una vez la guardia civil tuvo que visitarla y cada poco iba a la cabeza del partido a declarar en causa por lesiones o hurto.³⁴

....

*¿Por qué no sangras a ese cerdo? [...] Se escanció dos copas de aguardiente y se las vertió en el estómago una tras otra.[...] -¡Jesús! –exclamó éste poniéndose pálido- ¡Me han herido!*³⁵

....

*-En cuanto faltes un tanto así (y mostraba la yema del dedo) plántote en la caleya.[...]De esta suerte se ganó Serafín una buena tunda de patadas y bofetones [...]*³⁶

Uno de los testimonios más contundentes sobre la taberna como lugar de depravación y sobre el obrero como ser intemperante lo ofrece R. Pérez de Ayala, quien en su cuento «La prueba» narra la historia de un joven campesino que pretende equipararse en valentía a los “bárbaros mineros” y acude a la taberna que éstos frecuentan para desafiarlos. Será allí donde beba aguardiente y acabe asesinando a su propio padre por una apuesta.³⁷ La vinculación de los mineros al chigre, de todos modos, era razonable, ya que los pozos solían estar alejados de los lugares de residencia y las muchas tabernas abiertas en el camino constituían una oportunidad ineludible para fomentar la sociabilidad. Pérez de Ayala también denostó a los mineros y sus hábitos en su novela *La pata de la raposa*:

³⁴ L. ALAS «CLARÍN», *La Regenta...*, opus cit., pp. 318-320.

³⁵ A. PALACIO VALDÉS, *La aldea...*, opus cit., pág. 204.

³⁶ R. RIERA, «Almas en pena», en *Pomarada asturiana. Escenas y narraciones*, Madrid, Espasa-Calpe, 1926, pp. 71-73.

³⁷ R. PÉREZ DE AYALA, «La prueba», en *El raposín*, Madrid, Taurus, 1962. En la producción de este autor queda patente su demofobia, así como su aversión hacia las capas populares. Dado que algunos trabajadores disponían de salarios relativamente altos, la imagen del obrero derrochador comenzó a perfilarse. Esta visión fue pródigamente aplicada al minero, sobre todo al picador, que malgastaba sus recursos en los espacios tabernarios.

Alberto, Manolo, el cochero y Sultán entraron en un chigre o lagar de sidra. Un grupo de ennegrecidos mineros jugaban al tute y bebían. Volviéronse a mirar a los recién llegados, con ojos que albeaban entre el hollín del rostro. [...] los mineros le contemplaban con descaro, profiriendo groseras chanzas en voz que de él pudiera ser oída: daban puñadas en la mesa y reían, [...] Un minero se levantó y echó a andar, tambaleándose, hacia Alberto.[...] Otro minero, el más corpulento y lóbrego, se puso en pie. Habló haciendo avanzar agresivamente el hombro izquierdo, como el Colleone de Verrochio, y como los gallos de pelea:

-Y digo yo que te voy a cortar el pico, Parrullo.³⁸

Por su parte, la Iglesia fue también un decidido flagelador de los espacios tabernarios, y así aparece reflejado en la literatura, especialmente siendo la taberna un lugar libre para blasfemar, lo que explica las numerosas campañas contra la blasfemia abanderadas por el estamento eclesiástico³⁹. La preocupante extensión de la blasfemia daba muestras de la pérdida de peso específico del estamento eclesiástico en aquella época y de la laicización de la sociedad asturiana. Ya durante el obispado de Martínez Vigil se había creado la Pía Unión Contra la Blasfemia con el fin de erradicar tan “execrable vicio”. En cualquier caso, en una época de agudizamiento de las tensiones sociales, los tradicionales mecanismos de control ideológico se mostraron frecuentemente ineficaces. En este contexto, ante los embates del movimiento obrero organizado, cabe situar la creación de los Círculos Católicos Obreros, que procedían o bien de sectores eclesiásticos o bien de ámbitos patronales, pero adquiriendo en este caso un marcado carácter confesional⁴⁰.

³⁸ R. PÉREZ DE AYALA, *La pata de la raposa*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966 (4ª), pp. 22-25.

³⁹ Sobre las preocupaciones del clero véase J. URÍA, «La enseñanza del catecismo en Asturias en los inicios del siglo XX», en J-L. GUEREÑA (ed.), *École et eglise en Espagne et en Amérique Latine. Aspects ideologiques et institutionels*, Tours, Publications de l'Université de Tours, 1988.

⁴⁰ F. ERICE y J. URÍA, *Historia básica de Asturias*, Gijón, Silverio Cañada, 1990, pág. 48; J. URÍA, «La crisis de la Restauración (1898-1931)», en *Historia de Asturias IV. La época contemporánea*, Oviedo, Prensa Asturiana, 1990, pág. 776; J. URÍA, *Una historia social...*, opus cit., pág. 167. Así se expresaba el obispo Martínez Vigil en su pastoral *La Penitencia*: “La taberna [...] Allí queda parte de vuestro salario [...] necesario para levantar cargas de justicia, que voluntariamente habeis contraído al constituir una familia. [...] Allí nacen las contiendas, los odios y las reyertas. Allí se blasfema y se maldice, se deshonra al prójimo, y se cometen o se preparan toda suerte de reincidencias en el pecado, [...]», en *Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Oviedo*, Oviedo, 1903, pp. 83-84. Sobre la representación literaria de los expeditivos métodos utilizados por el clero para evitar la blasfemia A. GARCÍA MIÑOR, *Caras negras*, Madrid, Aguilar, 1955, pp. 77-79.

Por otra parte, el tiempo libre tradicional del campesinado comienza a modificarse a finales del siglo XIX para dar paso a uno de ocio en su sentido contemporáneo. Significativo es, por ejemplo, que las romerías, aunque mantuvieran una ritualización y una apariencia tradicional, se organizaran en función cada vez más de un nuevo público urbano en industrial con nuevos gustos, dándose paso a un tipismo artificial con fines mercantiles.⁴¹

En todo caso, la romería tradicional sigue siendo una pieza clave en el tiempo libre de la sociedad asturiana y parece que el proceso de industrialización la estaba incluso revitalizando, aunque los cambios se hacían cada vez más patentes al compás de la disolución de los marcos sociales tradicionales. Así, el baile y el canto popular, portadores de mensajes y valores del mundo rural, van siendo sustituidos por nuevas manifestaciones musicales; el folklore, que comienza a responder a una lógica diferente, se convierte en una atracción turística a través de concursos; y la paliza interparroquial se convierte en una pelea callejera donde están presentes armas blancas y de fuego, haciéndose necesaria la presencia de la Guardia Civil. A partir de este momento la fiesta popular también será condenada por las élites industriales al ser una herencia del irregular tiempo de trabajo campesino. De este modo, los lunes y los días siguientes a los festivos se constataba hasta un setenta y cinco por ciento de absentismo laboral, así como una mayor accidentalidad. Todas estas transformaciones también quedan documentadas en los testimonios literarios que retratan la romería:⁴²

*A ésta sólo concurren los aldeanos y los invitados del señor cura. Sin embargo, ya se empiezan a notar las nefanda influencias de la ciudad.*⁴³

⁴¹ Sobre las transformaciones que experimenta la romería tradicional véase J. URÍA, «De la fiesta tradicional al tipismo mercantilizado. Asturias a principios del siglo XX», en *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº 30-31 de 2000; «Ocio y tiempo libre en la sociedad rural asturiana. Apuntes para un diálogo entre historiadores y antropólogos», en V.V.A.A., *Perspectivas del mundo rural asturiano*, Cabranes, Grupo Encuentros en Torazo, 1994; R. RUZAFÁ, «Las romerías en Vizcaya en la segunda mitad del siglo XIX. Contrastes y cambio social», en L. CASTELLS (ed.), *El rumor de lo cotidiano. Estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1999.

⁴² Escribía F. Gascue: «El santo de la parroquia, la romería de la ermita de arriba, el patrón de abajo, el de la casa, el del barrio... Si fuera verdadera devoción religiosa sería disculpable y hasta respetable; pero lo peor es que no hay tal devoción, no hay más que deseos de no hacer nada», en *Revista Minera* (1883), citado por A. SHUBERT, *Hacia la revolución...*, *opus cit.*, pp. 34-35. Una vez más, una de las mayores preocupaciones de la burguesía era el consumo inmoderado de alcohol: «Toda la fiesta se limita a merendar y beber sidra, y muchos sólo lo segundo», F. GARCÍA ARENAL, *Datos para el estudio de la Cuestión Social*, Gijón, Silverio Cañada, 1980, pág. 15.

⁴³ J. FERNÁNDEZ BARCIA, *Sonatina gijonesa*, Madrid, Espasa-Calpe, 1929, pág. 99.

Los testimonios son tajantes a la hora de reflejar el aumento de la violencia que se produce en este tipo de celebraciones; lo que en el discurso patronal también estará relacionado con el consumo de alcohol. Como escribe F. Gascue: «El que explota las minas, el industrial, sufre de rechazo los efectos de estos fatales hábitos; hoy ve desorganizar sus tajos por estar presos algunos de sus obreros, mañana porque duermen otros sus borracheras[...]»⁴⁴; y posteriormente J. Suárez señalaba que en feria y romerías «se suele concluir la fiesta a tiros, palos y navajazos. O todo esto a la vez»⁴⁵. No es de extrañar, pues, que la presencia de la pareja de la Guardia Civil se haga indispensable.

*En la romería de Palacios, aldea próxima a Condamín. Una pradera en cuesta. Dos organillos melancólicos, gritones y desafinados. Trescientas personas dando vueltas aburridamente. Por el suelo, papeles pringados de grasa u latas de sardinas vacías. De vez en cuando, una vendedora de avellanas. La gaita, junto a las tiendas de sidra. A la orilla del río los tricornios de la Guardia Civil.*⁴⁶

⁴⁴ «La industria carbonera en Asturias», en *Revista Minera*, 1883, pág. 388.

⁴⁵ *El problema social minero*, Oviedo, 1896.

⁴⁶ A. ORTEGA, «Yemas de coco...», *opus cit.*, pp. 16-17.